OPINIÓN >

Reflexiones sobre el hemisferio occidental después de la Cuba comunista

Los mandos de defensa en Washington contemplan diversas maniobras estratégicas ante un eventual fin del régimen comunista, buscando contener la influencia de potencias rivales y asegurar las rutas marítimas en el Caribe

Por Evan Ellis



Las fuerzas armadas estadounidenses ejecutaron operativos navales en el Caribe y capturaron a Nicolás Maduro el 3 de enero de 2026. (AP foto/Javier Galeano)

24 Nov, 2026 02:00 a. m. EST

La cuestión no es si se producirá un cambio político en el gobierno comunista de Cuba, sino cuándo y cómo se producirá dicho cambio. Ahora es el momento de que las autoridades políticas estadounidenses, el **Comando Sur de Estados Unidos** y organizaciones del Ejército de Estados Unidos, como el **Comando del Hemisferio Occidental del Ejército de Estados Unidos**, comiencen a planificar para una **Cuba poscomunista**, así como para lo que el cambio político en Cuba implicará para el hemisferio occidental en un sentido más amplio.

La actual administración presidencial estadounidense ha destacado repetidamente la amenaza estratégica que Cuba representa al albergar capacidades militares y de otro tipo de adversarios extrarregionales de Estados Unidos, como **China**. La administración también ha señalado las actividades de espionaje de larga data de Cuba contra Estados Unidos —ejemplificadas por Ana Belén Montes y Victor Manuel Rocha—, así como el apoyo de Cuba a gobiernos antiestadounidenses y movimientos subversivos en toda la región. Cuba, situada a apenas 145 kilómetros (90 millas) de la costa de Estados Unidos, se encuentra dentro del hemisferio occidental —la región priorizada en la **Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de América** de noviembre de 2025— y claramente dentro del perímetro de la región que el secretario de Guerra, Pete Hegseth, denomina «Gran Norteamérica»: una región clave para la defensa del territorio nacional estadounidense.

Aunque Estados Unidos ha utilizado hasta ahora presión diplomática, sanciones y negociaciones para promover un **cambio de régimen en Cuba**, también ha llevado a cabo numerosas operaciones militares alrededor de la isla —incluidos patrullajes e intercepciones de petroleros de la flota fantasma— que demuestran que las opciones militares no están descartadas. Estados Unidos también ha empleado regularmente a las fuerzas armadas estadounidenses en las inmediaciones de Cuba durante el último año, sobre todo para atacar embarcaciones de narcotráfico y capturar al presidente de facto de Venezuela, Nicolás Maduro, el 3 de enero de 2026. Si el prolongado conflicto con Irán ha demostrado las dificultades que implica utilizar a las fuerzas armadas para cambiar regímenes o comportamientos políticos, Cuba tiene aproximadamente 0,064 veces el tamaño de Irán y está muchísimo más cerca de los Estados Unidos continentales, desde donde las fuerzas armadas estadounidenses pueden desplegar y sostener recursos.

Los analistas de los medios de comunicación convencionales suelen presentar las opciones de las fuerzas armadas estadounidenses respecto de Cuba como una dicotomía entre la no intervención y una **intervención militar** decisiva. En realidad, el presidente dispone de diversas maneras de apoyar un acuerdo negociado o imponer un cambio de régimen. Estas opciones abarcan toda la gama e incluyen posicionar recursos militares,

intensificar las actividades de vigilancia y hacer demostraciones de fuerza; llevar a cabo ataques cinéticos contra objetivos militares, de liderazgo y de otro tipo; utilizar fuerzas de operaciones especiales para capturar a líderes clave o lograr otros efectos; y tomar el control y ocupar una parte o la totalidad de la isla. Tales opciones pueden emplearse progresivamente, junto con negociaciones en curso y otras formas de presión, de manera coherente con los esfuerzos de la administración en otros lugares.

La presión estadounidense ha agravado la mala gestión pasada del gobierno comunista de Cuba y ha impuesto penurias extremas a la isla. Los ingresos procedentes de turistas europeos y de otros lugares, que en otro tiempo generaban divisas, se han agotado. La isla sufre ahora cortes de electricidad casi constantes; falta de combustible para el transporte, la electricidad y la cocina; escasez grave de la mayoría de los bienes; y la paralización de la mayor parte de la actividad económica y de los servicios básicos.

Aun así, aparte de conversaciones extraoficiales de Estados Unidos con el nieto de Raúl Castro y posiblemente otros funcionarios —así como gestos del régimen, como la implementación de un enorme paquete de reformas económicas—, ningún indicador sugiere que el régimen esté a punto de colapsar, abandonar el poder o aceptar cambios suficientes para satisfacer al gobierno estadounidense.

Todos los indicios indican que los gobiernos de Estados Unidos y Cuba se encuentran en un punto muerto fundamental. Sin embargo, el gobierno estadounidense ha indicado que están en juego cuestiones fundamentales de seguridad, y la actual administración presidencial estadounidense ha expresado determinación respecto de Cuba y otros asuntos. Por lo tanto, es más fácil imaginar que el actual estancamiento se resuelva mediante una acción militar que mediante la aceptación estadounidense del statu quo.

El número de variables es demasiado grande para predecir qué tipos de acción militar podría utilizar Estados Unidos en Cuba, con qué rapidez podría escalar Estados Unidos o hasta dónde podría llegar antes de lograr un cambio aceptable. Dada la doctrina militar cubana de larga data para la resistencia guerrillera, además de las capacidades militares que Rusia y China proporcionaron previamente a Cuba, algunos cursos de acción militar estadounidenses podrían producir bajas significativas y un conflicto prolongado. Pero Cuba no es Irán. En el contexto de las capacidades modernas de vigilancia, Cuba es demasiado pequeña para ofrecer una resistencia sostenida contra una fuerza superior procedente de los geográficamente cercanos Estados Unidos. Cuba tampoco dispone de grandes reservas de drones y misiles para amenazar objetivos de alto valor cercanos, como hizo Irán en el golfo Pérsico. Cuba también carece de la geografía necesaria para ocultar tales armas durante mucho tiempo. Además, la geografía de Cuba no permite al país obtener clandestinamente nuevas armas de amigos como los lejanos Irán, Rusia y

China. Asimismo, Rusia e Irán no están en condiciones de proporcionar tal ayuda, y la respuesta moderada de China a la acción estadounidense del 3 de enero de 2026 en Venezuela sugiere que tampoco sería probable que la República Popular China proporcionara a Cuba un apoyo militar sustancial para resistir a Estados Unidos. Por tanto, un conflicto que involucre a Cuba podría ser más sangriento que la operación estadounidense contra Maduro. Pero esta posibilidad no cambia el curso probable de los acontecimientos futuros, que implicará algún nivel de participación militar estadounidense en Cuba y cambios significativos en el gobierno de la isla.

Una **transición política en Cuba** generaría una serie de imperativos estratégicos, oportunidades y consecuencias que Estados Unidos debería considerar ahora.

En primer lugar, Cuba requerirá un plan para lograr una **estabilización rápida** y evitar tanto una nueva crisis humanitaria como una salida masiva de migrantes, como demuestra el estudio de referencia de la RAND Corporation sobre intervenciones estadounidenses previas en Haití y Panamá. Este plan probablemente implicaría una misión humanitaria dirigida por el Comando Sur de Estados Unidos, con el apoyo del Comando del Hemisferio Occidental del Ejército de Estados Unidos y coordinada con otras agencias del gobierno estadounidense y donantes privados. El avance rápido hacia la estabilización también requerirá la identificación y neutralización de agentes de inteligencia cubanos y combatientes de la resistencia, quienes buscarán prolongar y maximizar el caos para imponer costos y ejercer presión internacional sobre Estados Unidos.

A largo plazo, Cuba necesitará un nuevo marco jurídico que aborde las reclamaciones por confiscaciones de propiedades de la era comunista y otros daños, y que cree la seguridad jurídica y la capacidad administrativa necesarias para acoger las enormes inversiones que fluirán hacia el turismo, el petróleo, la minería, la logística marítima, las finanzas y los servicios de información, entre otros sectores. El auge económico de Cuba será impulsado por la energía y la innovación del pueblo cubano, la proximidad de Cuba a Estados Unidos y Panamá, y el papel de Cuba como puente hacia Europa. De hecho, los planificadores estratégicos tanto del sector empresarial como del político deberían estar preparados para el grado en que una Cuba revitalizada, democrática y orientada al mercado se convertirá en un centro internacional y transformará la dinámica del Caribe.

Incluso mientras Estados Unidos facilita y participa en la transformación de la economía cubana, debe eliminar decisivamente la presencia de las fuerzas militares, de inteligencia y de otro tipo de la **República Popular China**, Rusia y otros adversarios extrarregionales que operan en Cuba y desde Cuba. Desde el inicio de cualquier acción militar estadounidense, Estados Unidos debería priorizar estratégicamente la detención, el interrogatorio y la exhibición pública de dichos operativos, incluidos aquellos que se hacen

pasar por diplomáticos y empresarios. Cumplir esta prioridad ayudará a Estados Unidos a exponer y derrotar las redes de inteligencia adversarias en toda la región, así como a fortalecer la justificación estadounidense para la acción militar dentro y fuera del país.

A más largo plazo, el gobierno estadounidense, el Comando Sur de Estados Unidos y las organizaciones de apoyo del Ejército de Estados Unidos, como el Comando del Hemisferio Occidental del Ejército de Estados Unidos, deberían prepararse para la rápida transición de Cuba, de ser el principal pasivo estratégico de las Antillas a convertirse en un activo clave para contrarrestar los flujos de drogas, otros flujos criminales y la migración irregular. Esta transición requerirá, por supuesto, que Estados Unidos fortalezca la gobernanza cubana para garantizar que Cuba se convierta en un baluarte contra los flujos criminales y de migrantes irregulares, y no en un centro para ellos.

A medida que Estados Unidos ayude a Cuba a fortalecer su gobernanza y amplíe la cooperación estadounidense en materia de seguridad con la isla, el Comando Sur de Estados Unidos y el Comando del Hemisferio Occidental del Ejército de Estados Unidos deberían examinar la posición de Cuba a lo largo de rutas marítimas críticas. Estos comandos también deberían explorar cómo la realización de operaciones aéreas y marítimas desde Cuba podría fortalecer el conocimiento del dominio marítimo y la protección de las rutas marítimas para las fuerzas estadounidenses y la navegación comercial. El gobierno estadounidense y el Comando Sur de Estados Unidos deberían planificar su implicación en materia de seguridad basándose en cómo pueden utilizar mejor a Cuba para proteger el acceso marítimo sudoriental al territorio nacional estadounidense. Además, estos planes deberían permitir a Estados Unidos proteger los flujos de fuerzas militares estadounidenses y de sostenimiento —desde la costa este de Estados Unidos y el océano Atlántico, a través del Canal de Panamá y hacia el océano Pacífico— en un posible conflicto con la República Popular China.

Por último, el cambio en Cuba también puede producir importantes ganancias estadounidenses contra movimientos izquierdistas y subversivos en toda la región, lo que repercutirá en la misión del Comando Sur de Estados Unidos, el Comando del Hemisferio Occidental del Ejército de Estados Unidos y otras organizaciones del Ejército.

El próximo cambio en Cuba transformará la región y la posición estratégica de Estados Unidos. Estados Unidos debe planificar cómo capitalizará las oportunidades y sorteará los riesgos venideros.